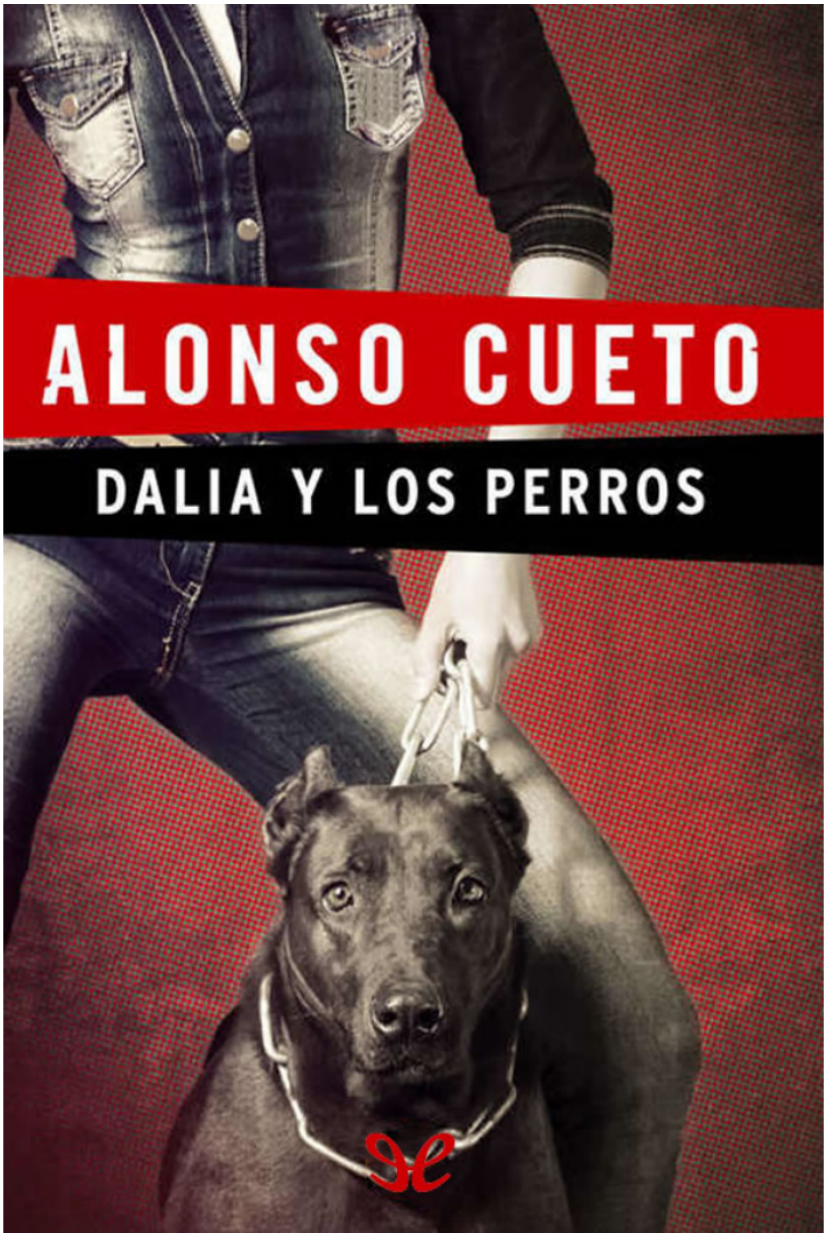

ALONSO CUETO
DALIA Y LOS PERROS

Lalo vive de la herencia que le dejaron sus padres. Eso le permite ser un escritor bohemio más o menos reconocido, fingir que trabaja en un periódico deportivo y alimentar su aburrimiento con tardes interminables en el bar Whisky Jazz tomando tragos anémicos. Aunque algunos vivan en el hastío, otros les rodean que viven de obsesiones.

Dalia aparece en el Whisky Jazz y Lalo acepta la invitación a su casa. Una noche de sexo estupendo se transforma, a la mañana siguiente, en una prisión guardada por mastines.

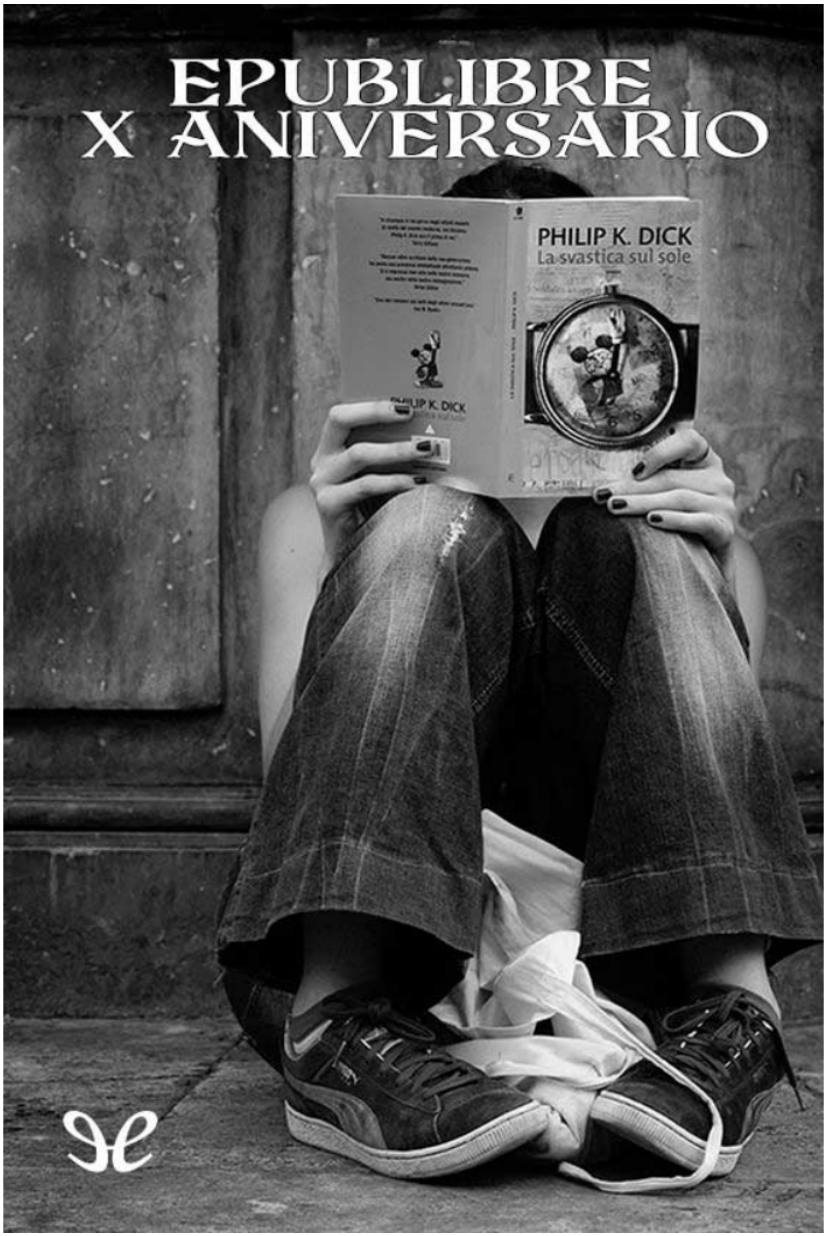
Alonso Cueto

Dalia y los perros

ePub r1.0
Titivillus 24-04-2023

Título original: *Dalia y los perros*
Alonso Cueto, 2014

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1


EPUBLIBRE
X ANIVERSARIO
PHILIP K. DICK
La svastica sul sole

Para Germán y Martha Coronado.

El dolor es una maravillosa cerradura.

BLANCA VARELA

Uno

Mi biografía es, como la de casi cualquier hombre, una suma de incidentes desconectados y banales. No hay un centro ni un propósito ni una pasión que hilvane los episodios a lo largo de mis cuarenta años. En cierto modo, he aprovechado las oportunidades que he encontrado, en vez de buscarlas. Mi matrimonio ha sido el evento más memorable, lo que no es mucho decir. Pero incluso ese evento me fue dado, hasta que busqué que mi esposa lo anulara. Mi matrimonio, un dato funerario: fecha de boda, guion, fecha de separación. Era de esperarse en un tipo tan aislado y extraño como yo.

La convivencia —administrar un conjunto de rutinas tomando en cuenta los deseos, necesidades y caprichos de otra persona— me parece una hazaña. Me aterra del matrimonio el hecho de que se convierte en una oficina de trámites donde la pareja se habitúa a despachar expedientes todos los días: los horarios, las cuentas de la casa, las salidas con amigos comunes, las visitas familiares, el sexo periódico. Puesto que es imprescindible fingir y representar, los simulacros de toda convivencia requieren de esfuerzos sobrehumanos. No tengo fuerzas para intentarlo otra vez. Pero, por algún motivo, hace poco quise volver con mi exesposa, Roxana.

Fuera de mi matrimonio, mi vida ha sido una sucesión de incidentes secundarios. No he tenido ningún impulso o proyecto personal que me involucre, o al menos así pensaba yo hasta hace un tiempo.

He sido un vividor en el sentido más puro de esa mala palabra. Los bares, las discotecas, los viajes, las mujeres, los amigos, puertas que se abrían todas las noches. Las obligaciones de la decencia, del orden, incluso las sugerencias que el cuerpo nos hace para sobrevivir, me parecían artificiales y frustrantes. Aún en los tiempos de mi matrimonio, buena parte de mis horas estaban consagradas a

las noches de bares y reuniones con mis amigos. Salía dos o tres noches por semana. Iba a los bares como a las nueve. Tomaba una copa, escuchaba música y buscaba conversación. Salía de allí a las once o doce, generalmente bien acompañado y con la espalda marcada por caras de envidia.

A lo largo de mi juventud perdí el tiempo y me gané la vida en trabajos circunstanciales. Una época estuve en un banco organizando actividades culturales. Llamaba a profesores para que dieran charlas, organizaba exposiciones de pintura, asumía antologías de poesía dispuestas por algún académico que tenía siempre a mano. Era un trabajo fácil y me daba mi prestigio ante los otros y yo me detestaba mirándome pero me embolsaba mi sueldo y salía de la oficina y me iba al cine.

Ahora hago algo distinto que quizá es lo mismo. Opero de redactor en una revista deportiva, la rama de un canal de televisión. No niego que el periodismo (en especial el periodismo deportivo) es una forma entretenida de pasar por la vida, en este caso acercarse a la única actividad que mantiene un sentido épico. Me gusta ver a los futbolistas, su astucia de animales rápidos. A veces me emociona la batalla con reglas que puede ser un partido de fútbol.

A diferencia del trabajo, la paga es humillante. A veces el sueldo de una quincena dura dos noches en el bar. Pero yo no busco el dinero. No vivo de eso. Mis aficiones de soltero ordeñan en realidad una pensión familiar, los intereses de la herencia de mis difuntos padres. Eso me permite comer bien y salir algunas noches y en suma ser feliz excepto que…

Pocos sitios, muchas mujeres, varios amigos. La revista. Mi apartamento en la avenida Pardo. Los bares a los que voy, en especial el Whisky Jazz. Las escalas del viaje en círculos de mi vida.

El Whisky Jazz es un sótano en forma de manzana: luces celestes, paredes negras, una catedral de botellas; la pianola, los tambores y el bajo en el estrado. El local queda en la esquina de mi casa. Voy allí por comodidad.

En realidad, me he hecho un adicto al Whisky Jazz. Uno peregrina a ciertos lugares que detesta, se integra a sus paredes y sus decorados, convierte sus formas y colores en una geografía

espiritual. El sitio me repugna y creo que por eso me siento bien allí.

El Whisky Jazz, tengo que describirlo otra vez. Un salón iluminado y ruinoso. Luces multicolores que iluminan mesas exhaustas. Sillas parchadas, aspas de ventiladores. Las losetas del piso, atravesadas de rajaduras y montículos, la superficie de la luna. Una cinta metálica, en realidad una cartulina pintada, emerge de la puerta del local, cruza la pared, y fallece moteada de huecos en el escenario.

Es así. Apenas uno entra al Whisky Jazz, se siente degradado. Alguna vez he pensado que el polvo inmóvil del local torna automáticamente mediocres y viles a las personas que lo respiran. Los movimientos de la gente entre sus reflectores parecen más lentos que los de quienes viven afuera. Un grupo escaso pero constante de parejas llega todas las noches allí a bailar, a besarse, a beber, en suma a esconderse. Hombres de treinta o cuarenta años con camisas fosforescentes, mujeres con la piel inflamada de polvos en los doscientos metros cuadrados de la sala. Por lo general todos los parroquianos son sobrevivientes de unos sueldos discretos pero de vez en cuando también aparece algún cincuentón bien decorado con un terno y corbata y reloj brilloso y varios dedos ensortijados, en una cita clandestina, siempre con una chica treinta años menor. Toda la gente que se congrega entre esas paredes negras parece un festival de cadáveres soñolientos invitados a su morgue, un montón de fantasmas casuales brindando en voz baja.

Apenas me veían entrar, dos mozos del Whisky Jazz se disputaban sentarme en sus mesas. Me acostumbré a los rostros de ambos estirados en una máscara de cortesía. Eran muy parecidos, estaban como hermanados por su apariencia: bajos, de nariz ancha, pelo corto a modo de casco, chaleco blanco, los brazos gruesos y enérgicos señalando un asiento, la voz atenta: ¿se sirve, señor Lalo?, ¿otro vodkita?, ¿o se toma un whisky?, ¿un etiqueta negra le traigo? Aunque a veces me abrumaban, sentía buena voluntad por ellos. Nunca les dejaba menos de diez dólares de propina. Al salir del local, aún los escuchaba: «Buenas noches, señor Lalo. Gracias, señor».

El grupo de los músicos también era singular. Un pianista de cara alargada, que tocaba con parsimonia; un trompetista gordo y

joven que resoplaba con esfuerzo, iluminado por el sudor; un baterista esmirriado discurriendo con sus golpes al fondo, envuelto en su melancolía de ojos cerrados. Los viernes y sábados, como a las diez, los tres subían al estrado con sus instrumentos al hombro. Allí organizaban sus sillas, sus parlantes y sus atriles, y se presentaban ante el «distinguido auditorio que esta noche nos acompaña». Durante hora y media sus voces intoxicaban alegremente el aire. Los boleros y baladas tenían un efecto positivo para el consumo. Hacían a los parroquianos apurar los vasos.

Los músicos llegaban al local con la garganta ronca, solo para agregar un par de billetes a los que ya habían acumulado tras la ventanilla de un banco o frente a un escritorio. A veces, uno de ellos se acercaba a tomar una copa en la barra.

Cerca de la puerta de entrada del Whisky Jazz quedaba la oficina de Tato, el administrador. Tato es un cincuentón diseñado a imagen y semejanza de su local: la cabeza cuadrada, el pelo domesticado por la gomina, la frente carnosa deshonrada por una cicatriz en forma de «U». Sonríe con frecuencia pero rara vez habla. Economiza las palabras porque le parece que alguna lo puede traicionar, revelando su identidad. Es astuto, inescrupuloso y trabajador. Está al tanto de todo desde sus ojos grises que parecen ranuras esculpidas con una euforia malévola. A diferencia de los rostros planos y derrotados de sus camareros, el de Tato es una estructura de jerarquías. Su nariz brota pletórica, como un cuerno invertido, y al llegar a la punta se enfila ligeramente hacia abajo, eclipsando su mentón. Sus pestañas cortas parecen sometidos por unas mejillas carnosas que sobresalen como bultos. Tiene una cabeza enorme, dura, como si alguien la hubiera atornillado furiosamente en sus hombros; sus dedos gruesos, de nudillos macizos, parecen hechos para dar puñetazos y para contar billetes.

Tato es un triunfador. Le roba metódicamente al dueño del local pero en las reuniones que tiene con él, nunca deja de contarle chistes que siempre lo hacen reír. Maneja un pequeño prostíbulo en el edificio de al lado. Alguna vez ha ofrecido mandarme mujeres pero yo siempre le contesto lo mismo: «Una noche conmigo y cualquiera de tus mujeres me entrega todos sus ahorros y se viene a vivir conmigo, compadre». Me daba risa decirle eso. Y vergüenza.

Fue en la barra del Whisky Jazz donde conocí al personaje de esta historia. Ahora que recuerdo la cara, la expresión serena y vagamente distraída, sentada en una banca, con las piernas en forma de tijera, la falda corta y el traje plateado, el vaso de vodka entre las uñas, me pregunto otra vez si puedo describirla y contar lo que pasó.

Tenía un cuerpo sólido de piernas largas que formaban una sola curva, y labios delgados y tristes. Sus párpados nocturnos alzaban ojos que miraban a lo lejos, como exonerados de sus inmediaciones. El pelo le caía con una violencia de líneas rectas, terminados en agujas negras sobre el traje. La larga línea de su cintura estaba desmentida por las ondulaciones de las columnas de tela. Me alejé un poco de la barra para mirarla sin disimulo. Le calculé treinta y cinco años y se me ocurrió pensar en el sabio esplendor de esa edad, cuando el cuerpo aún mantiene la energía y el control, y a la vez ya ha adquirido un repertorio de estrategias diseminadas. Se llevaba el cigarrillo a la boca de vez en cuando. Tenía una mirada a la vez concentrada y distante, como la de un gato. La primera vez que desvió un brillo paralelo en mi dirección, sentí que todo en ella me esperaba.

Me acerqué con una frase cualquiera y una sonrisa, «¿Qué tomas?» o «¿Qué tal está tu trago?» o, «Perdón, ¿no te he visto antes?», una frase dicha con la programada naturalidad de otras veces. Son las contraseñas normales, la lanza y el escudo de un caballero, una audacia protegida por la sonrisa y los modales. Lo que cuenta en esos casos es el contacto, una mano sobre la barra que se convierte en un mensaje.

La mujer me dijo que había vivido en varias ciudades: Praga, Munich, Berlín. Se refirió a un pueblo en República Checa: árboles, prados, y casas de techos a dos aguas, un castillo, un valle verde cortado por un río. La verdad es que mi interés crecía con cada confesión. Mientras más la escuchaba, yo parecía saber menos de ella. De pronto miró hacia otro lado, como si dejara de prestarme atención. Hubo un silencio.

Ella reanudó la conversación. Hablaba con un castellano retardado, que abría las vocales y dilataba las «eses» y las «enes». Parecía gozar de su extraña, inubicable pronunciación.

Había venido a este país para hacer un trabajo, me dijo, y luego

se iba. Me habló de su infancia. Su padre había desaparecido de la casa, su madre se había dedicado a trabajar el doble para mantener a las hijas. Ella y su hermana pasaban mucho tiempo solas. «Pero una se acostumbra a todo», susurró antes de beber un nuevo sorbo.

Sacó un cigarrillo que le encendí sin apuro. Fumamos. Los boleros de la orquesta parecían más afinados que de costumbre. Ella volteó a escuchar la música. Dio un nuevo sorbo. Todo en sus movimientos parecía natural y sincronizado, excepto la manera como manipulaba el cigarrillo. Echaba ceniza con golpes rápidos. Lo movía como una varita, rápidamente del cenicero a la boca y al cenicero.

Hubo un intercambio de sonrisas y una pausa.

—¿Te gustan las pastas? —dije.

—Claro.

—Vamos a comer a un sitio aquí cerca. Te invito.

No me contestó. Apagó el cigarrillo y pidió la cuenta mientras exhalaba un suspiro de humo.

Los tallarines con albóndigas es mi plato preferido. La integración de la suavidad firme de los fideos y la dureza blanda de las bolas de la carne, es un ejemplo exitoso de la mezcla armónica de los contrarios (para mí el principio del arte de la cocina, ¿qué te parece?).

—La verdad, me parece una estupidez —dijo ella tomando de su vaso de vino.

Me sorprendí pero disimulé al máximo.

—¿Por qué? —fingí.

—Porque todas las pastas son ricas, hombre. No digas tonterías.

—Bueno, a mí me parece que los tallarines con albóndigas es la mejor mezcla, pues.

—¿Un poco más de vino? —preguntó, alzando la botella.

Ella había pedido una corvina con una ensalada de lechuga, tomate y palta. Era normal que las mujeres pidieran ensaladas en mi presencia. Yo lo tomaba como una coquetería de su parte.

—¿Te gusta el cine? —dijo.

—Sí, claro. ¿A ti?

—Sí, pero solo veo películas viejas. Las películas de Ingrid

Bergman y Audrey Hepburn y Carole Lombard. No me gustan las de ahora.

—¿Por qué?

—Porque el amor parece un juego de niños ahora. O una calistenia sexual. Ningún adulto se enamora de verdad en las películas. Todos los amores quedan a medias. Y los personajes de ahora son unos neuróticos o unos imbéciles. No sé.

—Sí, tienes razón —le mentí.

Después de los postres (ella apenas una ensalada de frutas), ambos estrellamos nuestras copas de vino en un brindis.

—¿Un brindis? ¿Por qué? —comentó.

—Por ti.

Ella miraba hacia un punto distante.

—Una vez una persona me hizo mucho daño, sabes —dijo de pronto.

—¿Y?

—Nada. Fue hace tiempo.

El mozo preguntó si nos servíamos una copita de anís o de Cointreau. «También tenemos Amaretto, señor, si lo desea».

Cuando se lo propuse, de la manera más caballerosa posible, sonrió.

—Vamos a mi casa —dijo.

Su casa quedaba en una calle de postes seguidos, cerca de la Avenida Aviación. Era un barrio típico de San Borja: techos bajos, fachadas moradas y azules, jardines cortos, rejas en las ventanas, tanques de agua, muros coronados de alambres. Abrió una puerta de rejas, y entramos por un camino. A nuestra derecha, esto iba a verlo claramente después, había una enredadera de jazmines, una ventana con cuadrados de fierros, una franja de geranios y un pequeño árbol.

Empujó la puerta de la casa. De pronto me encontraba en un espacio enorme. A mi alrededor había paredes altas y vacías, en una penumbra.

Recuerdo haber pensado que el lugar era demasiado grande para una sola persona.

Me llevó hacia la izquierda. Pasamos junto a unas escaleras. No

había cuadros, ni muebles, ni alfombra. Parecía una casa en alquiler o a la venta.

Vi una mesa grande de comedor. Detrás de unos ventanales cruzados de fierros había un patio grande, salpicado de flores con tallos largos como brazos.

Entramos a la cocina. En la oscuridad, se veía una superficie de fórmica.

Abrió el *frigidaire*. Una franja plateada la iluminó de perfil. Parecía un espectro moviendo los envases, haciendo sonar los vidrios de las botellas, buscando algo que por fin sacó del fondo: una botella de un líquido color cereza.

Me sirvió. El líquido tenía un sabor agridulce.

Regresamos por la sala, pasamos frente a la puerta y entramos a un dormitorio rectangular. Tenía una ventana que daba al jardín y un baño. Había una cama de dos plazas.

Nos besamos y nos quitamos la ropa.

Me arrodillé sobre el colchón para recibirla. Sentí las puntas de su pelo enredándose en mi pecho, luego la suave caída de sus brazos.

Tuve una sensación curiosa. Que en medio de sus caricias, quería hacerme daño. Dijo unas palabras que yo supuse eran de placer. ¿En qué idioma hablaba?

Tengo la costumbre de quitarme el reloj cuando hago el amor. Puede sonar absurdo pero pienso que la correa en la muñeca me incomoda la erección. Además, con el reloj en la mesa de noche puedo hacer el ademán de ver la hora con disimulo. Basta un movimiento solapado hacia arriba y hacia el costado, como estirando los músculos.

Eran casi las dos cuando decidí dejarla. No es que me preocupara la hora.

La secuencia que había empezado al extremo de la barra del Whisky Jazz, estaba llegando a su fin con toda normalidad. Tenía una sensación simultánea de plenitud y de hartazgo.

Me paré y la vi: el pecho rociado por las barras paralelas, la hilera de costillas, las pantorrillas dibujadas contra el colchón. Su cuerpo ocurría como a una gran distancia. Mientras me vestía le

sugerí vernos otra noche. «Podemos ir al cine —le dije—, a la filmoteca a ver una película de las de antes».

Estaba echada de costado, con la cabeza apoyada en el brazo, sin moverse. No me prestaba ninguna atención. Los ojos parecían dirigidos, no sé si decirlo así, hacia dentro de sí misma. Le hablé de la suerte que había tenido de encontrarla.

—Eres muy linda —dije, por fin.

Apenas sonrió.

Insistí que iba a llamarla; le ofrecí una despedida sonriente: «ya nos veremos», «no me dijiste cómo te llamas», «cuál es tu teléfono». Pero sus ojos no me seguían. Yo ya tenía puestos el pantalón y la camisa. Ella giró y quedó echada de espaldas a mí, con la cabeza en la almohada.

¿Qué le ocurría? ¿Había tomado alguna droga? No sería la primera vez que me pasaba con una desconocida.

Vi con alivio que se movió. Se sentó en la cama. Se cubrió con una sábana.

—Adiós.

—¿Te tomas un traguito más? —preguntó con una ronquera nueva—. Para llevarte un buen sabor en la boca.

Tenía la botella en la mesa de noche. Accedí. Esta vez, el sabor agridulce y el jarabe espeso me reconfortaron. Sentí una especie de modorra.

Salí del cuarto. Caminé sin demasiada prisa. Ella se había parado detrás de mí.

Pensé que estaba buscando una última promesa, un beso junto a la puerta y un número de teléfono en un papel. Había ocurrido otras veces.

Cuando ya estaba cerca del umbral, volteé.

Al enfrentarla me encontré con un espectáculo inesperado: ella con el cuerpo cubierto por la sábana, el pelo negro rociando la superficie de ondas blancas, uno de los pies asomando, la uña afilada sobre la tela.

Dejó salir algunas palabras incomprensibles. Aunque me seguía mirando, no se dirigía a mí.

De pronto apareció una sombra. Un ruido de patas y pelos a mi lado, un jadeo viscoso.

Era una aparición inaudita: un pastor alemán gigantesco, de lomo negro.

Me gruñía suavemente.

Más perros aparecieron y me rodearon. Venían del patio. Los voy a listar. El repertorio me parece inverosímil aún ahora que ha pasado un tiempo.

El segundo en llegar fue un dóberman. Luego vinieron un perro ovejero, un florido poodle blanco, un chihuahua, un fox terrier. Y por último, escondido al fondo, gruñéndome junto a los demás, un pequeño cocker spaniel.

Ahora que escribo, me tiembla la mano aunque no sé si de miedo o de vergüenza o de asombro retardado mientras veo otra vez los perros que me rodearon esa noche. Siete bichos con nombres incomprensibles (ella los llamaba y les daba órdenes), a mi alrededor, todos mostrándome los dientes en un coro de rugidos, amenazando saltar sobre mí apenas yo empujara la puerta. Eso es lo que mi amiga, cuyo nombre yo ni siquiera sabía, me estaba diciendo en ese momento. La vi parada junto a la puerta del dormitorio.

—¿Qué es esto? ¿Qué pasa?

—Me llamo Dalia —dijo con los ojos encendidos—. Es el nombre de una flor, ¿sabes? Pero no soy una flor. Soy un jardín. Y estos son mis guardianes.

Tapada hasta los hombros con la sábana, avanzó en la oscuridad y movió el cerrojo de la puerta de calle. El ruido sonó como un golpe de martillo.

De pronto todo empezó a dar vueltas y me encontré sentado en el piso.

Dos

Me desperté echado en la cama. Era el mismo cuarto donde habíamos estado. Había luz en la ventana.

Vi el reloj.

Más de las nueve.

¿Qué había pasado?

Me paré. La ventana era un rectángulo atravesado de rejas: el jardín, el muro y un árbol. La cortina colgaba como un trapo.

Algo me distrajo. Era una bandeja de desayuno. Una enorme taza de café cubierta por un plato (en un gesto de humor negro, ella quería que lo tomara caliente). También había *croissants*, mermelada y una copa de jugo. Era una copa inusual, con partículas blancas cristalizadas en el vidrio.

Miré la puerta y las esquinas del techo. Tuve la sensación de que me vigilaban.

Mi saco estaba sobre la silla.

Me lo puse. Me parecía que el cuerpo se me había achicado.

Estaba de pie, listo para irme. Con pocas esperanzas, traté de abrir la puerta.

Fui a la ventana. Golpeé varias veces el vidrio con la mano entre los barrotes. Más allá, inalcanzables, el jardín, el muro y los geranios. Las ramas del árbol colmadas de hojas.

Sentí un ruido de pasos. La manija se movió.

Era ella. Estaba abriendo. Estaba mirándome. Me sonreía. Parecía una bailarina en un traje de verano, los brazos doblados adelante, una rodilla apuntando bajo la falda. Se sentó en el borde de la cama. No decía nada.

¿Quién era esa loca? Tenía que irme, después de darle un par de bofetadas por supuesto.

Por fin dijo algo. La pregunta, ¿has dormido bien?, parecía una broma.

—Te dejé tu desayuno —agregó.

—Así que me dejaste mi desayuno. Qué amable.

—¿No te gusta?

—¿Qué me pusiste en el trago?

Increíblemente, mi pregunta parecía sorprenderla y hasta preocuparla. Miró hacia un costado.

—No quiero que te molestes.

—¿Qué me pusiste?

—Algo para tranquilizarte —dijo por fin.

—¿Tranquilizarme? ¿Para qué?

—Para que no te fueras.

La respuesta sonaba absurdamente natural. Claro. Como no quería que me fuera, me había dado un somnífero y me había encerrado. La tipa tenía su lógica bien resuelta.

—Y cuéntame, ¿cómo vas a impedir que me vaya?

—No sé. Quisiera que tú mismo quieras quedarte.

—Ajá. ¿Eso es lo que quieres?

—Sí.

—A ver entonces ahora sácame de una curiosidad. ¿Eres una loca de verdad o estás practicando nomás?

Hizo una pausa. Los ojos le brillaban. Parecía lastimada por lo que le había dicho. «Loca de mierda», insistí.

—Por favor. Quiero que estemos juntos. Unos días, nada más.

Me levanté con cuidado, tratando de parecer lo más aplomado posible.

—Chau —le dije.

Al abrir la puerta, pensé encontrar a los perros al otro lado. No los vi. La calle estaba a unos cuantos pasos. Era cuestión de caminar, mover la manija y pisar la vereda en ese tranquilo barrio de San Borja, regresar a una mañana de sábado, con café y dos *croissants* y periódicos pero no en el dormitorio de esa mujer sino en los sillones rojos del Vivaldi, prendiendo mi primer cigarrillo del fin de semana, tras mi aventura con una loca.

—Eduardo —dijo ella—. Ven acá. Por favor.

No volteé.

—Mejor no sigas, te digo. Los perros andan por allí.

—Bueno, pues, entonces ya verás cómo me destrozan.

Sentí el ruido de las patas. El pastor alemán se había parado junto a la puerta. Me gruñía con los ojos encendidos.

Me animé a seguir. Pasé sin detenerme junto al animal. Y entonces lo sentí. El salto, la hilera de dientes, los ojos letales. Una dentellada rápida, como una prensa que se cerraba en el muslo. El dolor en la pierna me hizo aullar. Atiné a golpear al perro una y otra vez, como si mi puño fuera un martillo. Era inútil. Me eché a llorar.

Durante los interminables segundos en los que el perro me mordía tuve la lucidez de no mover la pierna para no aumentar el tamaño de la herida. Cuando ella por fin lo llamó, sentí el milagro de las fauces liberándose. La tela del pantalón se había abierto. Un fleco colgaba húmedo de sangre. Me toqué. Con la mano iluminada me apoyé en la pared, los ojos cerrados. Caí al suelo, me levanté. Los demás perros se alejaron; se sentaron en una hilera, como en formación. El dóberman se puso al lado de la puerta.

—Puta madre. Loca de mierda —dije.

—Ven, Eduardo.

No contesté. Se acercó. Quiso ayudarme a caminar pero la rechacé.

Regresé al cuarto.

—En un rato vas a estar bien —dijo.

Me quedé echado.

Volvió con gasa, una pomada de sulfa y esparadrapos. Yo evitaba quejarme.

Ella actuaba con diligencia. Pensé que yo no era el primer tipo al que había curado.

Por fin terminó.

—Voy a salir y a comprarte uno o dos pantalones —susurró—. Ahora descansa y toma tu desayuno. Te voy a volver a calentar el café. Es de Chanchamayo, una marca especial, lo venden aquí cerca. Te va a encantar, vas a ver.

Me quedé sentado, en calzoncillos. El dolor me apretaba la pierna.

La superficie blanca del techo. El aire inmóvil, la soledad de la

ventana, el jardín desierto más allá. ¿Valdría la pena gritar auxilio? ¿Alguien podría escucharme?

—Nos vemos más tarde —murmuró al salir, el tobillo cortado por el golpe de la madera, las tres vueltas de llave y el silencio de ese sepulcro.

Tres

Encerrado. Secuestrado. Es ridículo y vergonzoso. Una demente que dice llamarse Dalia me tiene a su merced. Sumergido en este dormitorio entre una ventana de rejas y una puerta cuidada por sus guardianes.

Me paro. Trato de abrir absurdamente la puerta. Una plancha maciza. Aun así empujo y muevo la manija varias veces. La madera gruesa. Las tres bisagras plateadas. El plomo ondulado de la superficie.

Vuelvo a la cama. Los objetos —la mesita, los cuadros, la lámpara— me ignoran.

Por fin me echo.

Me vuelvo a parar. Voy otra vez a la ventana con el dolor martillándome la pierna. Una franja de pasto corto, un rectángulo oscuro. La pared cortando el cielo blanco. Las ramas delgadas acariciando el aire. Me quedo como pasmado frente al jardín.

Me apoyo en la reja. Estiro una mano y golpeo el vidrio otra vez. Le doy con todas mis fuerzas. Quiero que me oiga. Por fin paro. No puedo soportar el dolor.

Estoy sentado en la cama.

El dolor en la pierna disminuye.

Pasé el domingo por la mañana caminando, mirando el jardín, tratando de escuchar algún ruido. La oreja en la puerta varias veces. Oír una lustradora, una televisión prendida, cualquier señal de algo humano y comprensible, el sonido rutinario de la mañana en una

casa. Nada. Nadie. El silencio enorme, el presagio de una extraña catástrofe.

Estoy en el piso, de espaldas a la pared. ¿Alguien me vigila?

Al fondo del jardín, detrás de los geranios, unas flores de pétalos largos. De un color lila. Los perros dando vueltas, oliendo la tierra, escarbando. Una idea salvaje. ¿Están enterrados allí mis predecesores?

A la una, Dalia entró con una bandeja. Sonreía con un aire de súplica y de modestia. Me puso un bistec con ensalada en la mesa. Además, había flan, una manzana y dos platos de sopa. Dos copas de vino tinto, servilletas y unas flores rojas en un jarrón.

Sonreía. Me informaba que la comida estaría exquisita. Se había puesto un traje azul hasta los tobillos, la fina superficie de los huesos asomando, el cerquillo de niña grande. Estaba ordenando los platos con una agilidad escalofriante. Me asombré de recordar que le había hecho el amor. En ese momento, era como si nunca la hubiera visto. Agregó dos frases cariñosas: «Ojalá te guste», «Si la carne no está bien hecha te la puedo calentar de nuevo».

Se sentó a comer conmigo. Tomaba de su sopa como si yo no existiera o más bien como si fuera lo más natural que estuviera allí. Era una escena doméstica. Parecíamos una pareja acoplada, después de una larga historia. Ella hacía largas pausas entre sus cucharadas siempre a medio llenar, uno o dos fideos le colgaban de la cuchara y sus labios los asumían con delicadeza.

Consideré la posibilidad de salir corriendo.

Estaba cerca de la puerta. Sabía que ella la había dejado semiabierta a propósito. ¿Estaba haciéndome una prueba, midiendo el grado de mi audacia? Quizá lo más simple era partirle la cara. ¿Estaban entrenados los perros para defenderla?

—¿No vas a comer? —preguntó, por fin, en voz baja.

Sonreía con una solicitud modesta, como si temiera mi rechazo.

—Puta madre.

—¿Qué te pasa?

Me miraba, entre atenta y solícita.

—Por curiosidad nomás, dime, ¿qué pensabas hacer conmigo?

—Tenerte aquí unos días.

Lo había repetido mientras sacaba dos servilletas de una bolsa. Se limpió la boca con un movimiento corto y dejó la servilleta en un tacho cerca.

—¿Por qué?

Alzó los hombros.

—Me caes bien —contestó.

Entonces, di un salto y corrí hacia la puerta. Llegué en dos trancos. ¿Podía alcanzar la calle antes de que ella llamara a los perros? Llegué a tocar el metal frío de la manija. Apenas lo rocé.

Porque el brazo de Dalia me había rodeado el cuello y de pronto la pared y el techo viajaron hacia atrás. Sentí el ruido de mi cabeza contra la madera del piso, la explosión de los dientes y el espasmo de dolor en las entrañas. La vi sentarse sobre mi pecho y darme una sola gran bofetada, como una piedra, en la mejilla.

Entonces todo se oscureció. Sentí que el cráneo iba a salirse. Logré sacármela de encima y pararme. Pero me derrumbé sobre la cama.

Me desperté.

Estaba solo.

Fui al baño a lavarme. Me humedecí la mancha de sangre en la boca y me lavé. El frío del agua me alivió. Caminé de un lado a otro del cuarto. Aún estaba cojeando. Me acerqué a la cama, saqué las sábanas y las tiré al piso. Jalé el colchón.

Empecé a patear y a dar de puñetazos contra el colchón, la almohada y las sábanas. No sé cuánto rato habré estado así, golpeando y pateando, con la cara mojada. Por fin caí hacia atrás, bañado en sudor.

Las sábanas arrugadas se nublaron.

Sentí a los perros. Caminaban junto a la puerta. Las narices husmeaban, las patas corrían de un lado a otro bajo la ranura. Una ola fría me paralizó la espalda. Me sentí mojado. Me di cuenta de que me acababa de orinar los pantalones. Empujé la cama contra la puerta. Empecé a temblar, la certeza de que los perros iban a entrar, la puerta iba a abrirse, iban a correr hacia mí, empezarían con mis piernas, sus colmillos furiosos, los jirones de piel, los muslos abiertos, la sangre sobre las sábanas, el pastor me cogería de la

garganta, las fauces y la saliva y el gruñido obsesivo de las encías en la cara, los hocicos destrozándome la piel.

Me envolví con las sábanas, iba a resistir entre la tela, sumergido en la oscuridad de la sábana, oliendo mi sudor y mi orina, asistiendo a mis gritos, seguro de que en cualquier instante… De pronto saqué la cabeza de bajo la sábana. No oía nada. Se habían ido de la puerta. Todo estaba en silencio. Era un silencio distinto a los habituales. Como si un montón de ceniza estuviera cayendo allí afuera.

Cuando me desperté, era de noche. Di vueltas por el cuarto. Me reí de pensar que estaba haciendo lo mismo que una pantera en una jaula. Por fin me senté. Estaba en una esquina. Desde allí podía ver si la puerta se abría.

Traté de distraerme, cerrar los ojos, pensar que no estaba allí. Salirme. Recordé haber leído en algún sitio sobre una fórmula para soportar los encierros. Buscar un refugio mental en el pasado. Hacerme un lugar en alguna época. Otro tiempo, otra gente. Huir hacia el fondo, hacia atrás, el pozo oscuro, yo junto a mis padres; en la casa tomando desayuno. La ventana asoleada, la mesa con el mantel blanco. Mi papá y yo. Mi papá armando un avión conmigo. Mi papá sentado frente a mí jugando ajedrez. Nos veía. La imagen de mi padre flotaba en el cuarto pero su cuerpo no lograba llegar al piso. Solo su cara y parte de los hombros. Y de pronto junto a él, la imagen de Roxana, mi exesposa.

Claro que no era cuestión de hacer comparaciones pero Dalia se parecía a mi exesposa. Era un poco más alta pero había algo en el trazo de los ojos, en la línea del cerquillo, el timbre de la voz no era distinto. Era como si Roxana hubiera vuelto con la certeza de que iba a vivir otra vez con ella. Casi daba risa.

Pasaron algunas horas. Iba a anochecer. Vi entre las rejas de la ventana, la sombra del árbol… Las manchas de la pared, una larga

y rectangular, otra cuadrada, grumos de pintura seca, el polvo en la ventana, los colores sin nombre de las esquinas: blanco parduzco, gris plomizo, marfil desteñido.

Empiezo a hablar en voz alta, solo para sentir mi voz. Sostengo una animada conversación conmigo mismo, hablo de mi infancia, mi papá con su maletín, mi mamá ayudándome a subir mi mochila al carro, rumbo al colegio, todos los días, la alameda de árboles, el portero gordo en las rejas, el pelo rubio de Cecilia, la niña a la que miraba en la clase, a quien nunca pude hablarle del todo, las risas de mis vecinas al verme, mi novela sobre la guerra con Chile para la que acumulé información durante meses y que abandoné, los amigos a los que dejé de llamar, la soledad opulenta y miserable de mis noches en los bares, yo parecía mayor de lo que era, empecé a tomar de veras a los quince años, un bar es una fuente de sorpresas, había tenido mis lecciones de moral más importantes en un bar, los parroquianos solitarios, las mujeres necesitadas, las historias de vidas de gente que nunca volví a ver, el bar, un confesionario, los parroquianos le hablan al que tienen junto a la barra y se van aliviados, un, dos, tres y sale todo, yo también había contado mis propias historias tantas veces, ¿a quién, a quiénes?

Cuando dejo de recordar, cuando vuelvo al cuarto en el que estoy encerrado, el ruido de los perros al otro lado de la puerta, las patas acolchadas, la ranura como en un laberinto y varios de ellos están ladrando, alguien los ha entrenado y van a abrirles la puerta, a una señal de Dalia.

Me desperté otra vez en el suelo. Un ruido en la ventana. Los vi. Los perros en el jardín, sentados como en una corte. El negro y marrón del dóberman; tenía la lengua afuera y parecía un gigante manso. A su lado el pastor movía los ojos de un lugar a otro. Me miró por un instante pero luego se desentendió de mí. Los demás estaban en reposo, quizá esperando órdenes. El poodle empezó a lamer al chihuahua y los dos se echaron a jugar con una pelota de tenis. Me alejé. No quería que notaran mi presencia.

Prendí la televisión y la apagué. El silencio me tranquilizó.

Uno se reconcilia con los alrededores. Empiezo un vínculo renovado con la puerta y las paredes. Le hago discursos mentales a la lámpara, a la manija y a las bisagras. Mi amistad minuciosa con las esquinas de los techos provoca algunos versos. Una oda en rima consonante a las manchas irregulares de la esquina. Una cucaracha revolotea. La miro de cerca.

Entro al baño. Busco en el gabinete. Algo que me sirva. La cortina de la ducha tiene unos aros pero son de plástico. Las hojas de afeitar descartables. Nada parecido a un arma.

Ella va a entrar. La única manera de salir de allí: haciendo lo que yo sé mejor. Engañarla. Planificar mi cuerpo, mi postura, mi mirada, mi voz, las herramientas de una estafa. Simular que estoy dispuesto a vivir allí. Acariciarla y hasta acostarme con ella. Confesar algún sentimiento, un bochorno infantil por ejemplo, una confidencia que me limpie con la brisa de mi apariencia de muchacho necesitado. Ponerme de buen ánimo. Mostrarme por etapas solícito, serio, y melancólico. Mis revelaciones personales sazonadas de anécdotas. Ganarme su confianza. Olvidarme del orgullo, una virtud inútil.

Me acerco a la ventana. Entre los barrotes un grupo de palomas alineadas sobre la pared del muro. Una de ellas tiene una mancha anaranjada en el pico y voltea la cabeza de un lado a otro. Un bicho horrible.

Cierro los ojos. En el silencio, las imágenes de mi juventud. Yo en el patio de la Universidad, la gente a mi alrededor, el brillo blanco en el agua negra de café. Por entonces me había vuelto un príncipe. Entraba al patio con mi casaca beige, mi camisa azul, mi *blue jean* apretado. Prefería siempre los zapatos de gamuza. A pesar de mis inseguridades, sabía ser elegante y espontáneo y simpático.

Era un tipo ególatra, sentimental, ligero, desdeñoso, siempre descuidado en los cursos que aprobaba sin esfuerzo. Seguí los dos años de Letras y entré a la Facultad de Literatura. Pero al mismo tiempo me inscribí en los cursos de administración de empresas en la Universidad del Pacífico. «¿Qué vas a hacer de literato?», me decían mis amigos. «Mejor vas a trabajar en una empresa». Así, pues, terminé la carrera de Administración. El día que salí para siempre de la universidad tenía mi título en una mano y mi maletín de playa en la otra. Pasaba largas vacaciones en la casa de la familia en la playa.

Por fin encontré trabajo, pero no como empresario sino en profesiones intermedias: encargado de actividades culturales en el banco, redactor para el noticiero de un Canal de televisión. Poco después el gerente de entonces, amigo de mis padres, me envió a la revista deportiva. Ya por entonces nada me importaba. Tenía el dinero de la herencia.

Me acuerdo de la primera chica de la que me enamoré: Fabiola, piel clara, falda plisada, y brazos de voleybolista. Escribía poemas de amor, hacía repostería con su madre, y entrenaba todas las tardes con el equipo del colegio. Tenía un pañuelo con la imagen de la Virgen siempre en la mano. Usaba trajes de color entero, falda en las rodillas y escote cerrado. De vez en cuando se saltaba el desayuno o el almuerzo ofreciendo el martirio de ese pequeño ayuno a Dios. Rezaba por las noches y por las mañanas y alguna vez me arrastró a misa de diez en Miraflores. Descubrí pronto que su religiosidad no era un obstáculo a sus necesidades. Fue la primera mujer con la que me acosté, siempre en un hotelito, no lejos de la iglesia a la que íbamos (aunque nunca en domingo, me decía ella, por respeto). Hablaba siempre en voz baja, como en misa, pronunciando cada sílaba con una precisión que me ponía la carne de gallina. Por un tiempo pensé que era el amor de mi vida. El año que estuve con ella es mi récord de una relación fiel y formal. Terminé con Fabiola cuando me sentí abrumado. Su familia se congregaba a mi alrededor. Tenía que ir a los cumpleaños de sus primos, de sus cuñados, de sus tíos, a las bodas de plata de sus padres, a las fiestas de sus amigas. Después de la separación salí a

buscar romances breves y felices. Mis pasiones tenían un plazo. Mi cuerpo era como un ejército que invadía el territorio, se saciaba destruyéndolo en poco tiempo y lo abandonaba buscando nuevos reinos. No quería el gobierno. Vivía solo para la conquista.

De algún lugar de la casa me llega el olor de la comida: Dalia preparando carne, quizá un estofado.

En la cocina, frente a la olla, ¿le echará un brebaje?

Como ella, mi madre también entraba a mi cuarto a veces con una bandeja. Otras veces desayunábamos en el comedor. Las mañanas de desayunos con mi madre, especialmente el último año, especialmente ahora que recuerdo una mañana de neblina, los dos en el comedor. La gran ventana de fierros negros, el blanco resaltando los bordes de las sillas, el gran retrato de mi abuelo desde la oscuridad del fondo. Nos estoy viendo. Yo tengo trece años. Mi padre ya está muerto. Tengo que ir al colegio. Hablamos poco. Mi madre se pierde en sí misma, sentada con sus piernas flacas, los brazos cruzados, el cuerpo hacia delante sobre la mesa, sin encontrar un lugar, más bien vagando en una tristeza líquida. Está tan quieta. Me mira pero también voltea hacia el jardín, como paralizada por el desfile de sus propias imágenes. Mi madre por primera vez tan vulnerable esa mañana en la que el colegio va a empezar. Yo tengo que acabar el desayuno y ella sentada de costado a la ventana, la luz plateada y opaca ensombreciéndole las manos, los mechones de una juventud tardía cruzándole la frente, la rodilla incierta doblada sobre la base de la mesa, su soledad y su convicción de madre como ejemplo moral, su decisión de seguir creyendo en la vida en la que nos hemos quedado, después de la muerte de mi padre. Yo no hablo, perdido en las primeras suficiencias de un adolescente precoz, descubriendo cómo mi inteligencia me sirve para vengarme de un exceso de bondad. Y de pronto ella sale de su inmovilidad y me dice: «Me pregunto cómo serás de grande».

Cómo seré, nunca me había preguntado y, sin embargo, lo que

estaba diciendo no tenía que ver conmigo sino con ella, y solo ahora entiendo que sabía que nunca iba a verme después, es decir nunca iba a verme de grande, tan lejos. La cara firme y atenta de mi madre, hundida en el misterio de sus preguntas, la remota belleza juvenil que sobrevivía en una felicidad esporádica. Esa mañana pensé en preguntarle qué le pasaba. Pero siempre en mí ese inesperado silencio, la distancia de no saber qué hacerme con la gente, el invernadero en el que vivía y la ermita en la que me había protegido, yo con la cara hacia el costado y las manos siempre en la espalda, no es que mi madre esperara mi afecto, no es que quisiera los apretones y los diminutivos de afecto de los niños imbéciles, pero esa mañana no le contesté, la dejé allí y creo que el ángel de la muerte pasó por entre nosotros brevemente.

En algún momento, mientras los recuerdos se apagan, me quedo dormido con una inesperada tranquilidad. Cuando me despierto hay una luz vaga de los postes. Prendo la luz del cuarto, prendo la televisión. El noticiero empieza. Hoy. El 21 de agosto. Solo por curiosidad me pregunto qué habré hecho esa misma fecha, hace un año. El olvido es el gran desperdicio. Y no hay futuro sin él.

El lunes entró al cuarto sonriente. Cuando Dalia entra, el pelo le cae como un velo largo y húmedo; el velo de una novicia por la severidad humilde de su gesto y la diligencia sin pretensiones con que carga la bandeja. Su sonrisa de preguntas sobre cómo me he sentido. Le digo que bien. Todo bien, todo OK. Claro. No tengo ninguna queja excepto que no puedo irme, loca, porque si intento algo, me revientas la cabeza contra el piso o mandas a tu ejército de animales a destrozarme.

El traje rosado. Los aretes de perlas, los zapatos negros de taco chato. Otra vez una escena familiar. Acomoda la bandeja en la mesita, cerca de mí. Sus movimientos, los de una camarera elegante, los codos sumisos doblándose para servir, la sonrisa corta y esquivada. Me pone un plato con asado y ensalada, un florero con una rosa blanca y una jarra de vino.

Nos sentamos.

Repite sus exquisitos modales. Corta la carne con cuidado, y se lleva a la boca trozos minúsculos. Toma del vaso, tragos breves. Yo le hablo de mi vida en la universidad, de mis primeros años. Es la ocasión de ganarme su confianza.

Anécdotas repetidas de mis conversaciones anteriores. La del colegio por ejemplo. En un examen oral de educación cívica dije: «pan integral» en vez de «plan integral». Cuando mis padres me preguntaban a los cuatro años si quería un hermanito, yo les contestaba: «No me conviene». Fui un alumno tímido, aunque no lo creas. Introvertido y tímido que no es lo mismo. Cuando fui a la Universidad me sentía muy ilusionado con mis estudios y con lo que podía hacer por el país. Entré a un grupo de izquierda. Quería ayudar a los pobres. Teníamos una consigna simple: que la gente en el Perú comiera algo decente todos los días. Que tuviera un lugar donde lavarse y una ropa que ponerse. Que sus hijos pudieran ir a un colegio. Organizábamos marchas, preparábamos panfletos, nos reuníamos. Pero las necesidades nos fueron dispersando. Teníamos que hacer trabajitos por aquí y por allá para sobrevivir. Solo yo tenía la fortuna de una pensión familiar. Cometí la peor traición de todas. Un revolucionario, estudiante de administración de empresas. ¿No da risa? Me fui convirtiendo en un tipo práctico y medio ruin. ¿Y tus padres?, me preguntó.

Mi papá era profesor: su llegada a la casa después de sus clases, su maletín en la mano izquierda, su terno gris, su gesto de saludo, las notas que me dejaba junto a la cama cuando llegaba tarde y sabía que no nos veríamos en el desayuno: saludos, buenos deseos, algún encargo, papelitos que yo apartaba para ponerme el uniforme de colegio. Algunas noches, cuando llegaba temprano, me palmeaba en el hombro, recuerdo esas dos palmadas siempre, yo sonriendo distraído, tratando de apartarme de tanto afecto, la necesidad detrás de su cariño y el miedo detrás de su disciplina, ese reglamento de trabajo que eran las clases, los libros de texto que escribía los fines de semana, las reuniones en la universidad desde las nueve, el ruido de esas palmadas, los pedazos de su cara, la voz en la escalera, el cuerpo de saco y corbata, los gemelos amarillos y negros, los

pantalones anchos, las manos dobladas atrás, el silencio de su cabeza grande, las líneas de pelo entrecano que navegaban dejando algunos claros, el brillo de su mirada mientras la piel de la muerte se iba abriendo entre sus facciones. Mi padre asimilaba las grandes experiencias de la vida —el amor, el apego a la familia, la vocación por el trabajo—, desde un equilibrio duramente ganado. Había enfrentado la pobreza de sus primeros años con la cabeza en alto y las manos en los libros, siempre dispuesto a leer y a trabajar hasta salir de los cercos de la resignación a la pobreza, las quejas habrían sido un lujo y un desperdicio para su alma dispuesta a dar el salto hacia arriba, por nosotros, por nosotros, por él. Era un hombre circunspecto y emotivo y vulnerable que buscaba siempre recuperarse de su inseguridad con una elegancia tenaz. La familia era una empresa colectiva fraguada en la estabilidad de los rituales: nos llamaba por teléfono del trabajo, entraba a nuestro cuarto a saludarnos, los domingos salíamos siempre a misa de nueve a la iglesia de San Pedro y luego a tomar desayuno en el viejo restaurante Raymondi. Rituales, proyectos colectivos que fortalecían la empresa de hacer algo siempre juntos. Se había instalado en medio de nosotros, en ese punto entre la amistad y la autoridad, la firme espontaneidad de su equilibrio, la discreción elegante de su bondad, el tono de voz de sílabas claras y pausadas, la silueta entre el humo del cigarrillo en su escritorio, todo tan cercano, un cuerpo que salía de la neblina y me tocaba para decir mi nombre una y otra vez, una y otra vez, una y otra vez.

La última tarde que lo vi. Yo salía para ver a mis amigos, lo vi al paso desde el corredor, estaba en el baño, una espalda fugaz, él parado frente al espejo, había pasado varios días en cama, la camisa de líneas azules, el dolor que empezaba a reconocer el cuerpo, una leve palpitación, las venas exaltadas que adivinaban la explosión de sangre en pocas horas. Se miraba sin saberlo o acaso lo sabía por última vez, el espejo le devolvía la anticipada imagen final, las huellas de una vida en el fulgor de un vidrio duro, un tipo frente al espejo que se interroga sin palabras mientras su cuerpo va entrando en la soledad de la muerte. Esa noche iba a tener el infarto y al día siguiente la gente iba a congregarse en su velorio.

Yo había sido feliz con mis padres y los escenarios lo atestiguaban: la iglesia de San Pedro, el restaurante Raymondi, el

comedor y la sala de la casa. Creo que si no me había ido del Perú, sí quería aferrarme a esas calles, era por la necesidad de no dejar esos lugares donde habíamos estado.

Me escuchaba con atención. No sabía muy bien si mi historia le interesaba. Su cara lucía tensa y quizá distraída. Me sentía descorazonado. Terminé de comer en silencio.

Me había cansado de hablarle. Mi estrategia no parecía haberla ablandado. Como no tenía nada más que decir, le agradecí irónicamente por la rica comida y me eché en la cama. Prendí la televisión.

Dalia se acercó. Bajando los ojos, con un impulso vacilante, se echó a mi lado. Sus piernas se estiraron junto a las mías. Sentí el aleteo de la tela, la caída de su pelo en el brazo, la franja de piel en la muñeca, la belleza agazapada de ese rostro que apenas respiraba.

Estaba tan cerca… Podía tocarla… Mientras el coro de gorriones en el jardín se mezclaba con alguna bocina lejana, una necesidad extraordinaria me cubría los ojos. Era la necesidad de poner mis manos en su cara y en su pecho. Me di cuenta de que quería decirme algo.

Y entonces ocurrió algo terrible.

Se levantó.

Tuvo cuidado de cerrar con un golpe suave. Sentí el crujido de la chapa encajando en la barra metálica.

Se había ido.

Tuve un pensamiento sombrío. Ella era una profesional conocida en todo el mundo, una hechicera con vestido de dama moderna que alquilaba sus servicios para darle algunas lecciones a tipos como yo. Los perros que la acompañaban eran los hombres a los que ella había secuestrado y embrujado antes en diferentes países del mundo, cada uno de los pobres desgraciados caídos en bares como el Whisky Jazz y luego confinados al cuarto antes de ser convertidos (la comida tendría algunas sustancias sospechosas) en animales obedientes.

¿No era así? ¿Una loca con poderes mágicos vagando por el mundo? ¿Tirándose, encerrando y embrujando a pobres infelices como yo? Al final de su etapa de convivencia con ellos, esta Circe moderna los convertía en sus guardianes, y viajaba con ellos a distintas ciudades del planeta. Yo sería el octavo de esos perros dentro de poco. Conformaría su séquito, le daría mi fuerza y mis dientes a cambio de un plato de comida y algunas caricias. ¿Qué momento buscaría? ¿Con sus conversaciones y brebajes no estaba reduciendo mi alma a la condición de sirviente, el paso previo a la degradación canina en la que estaba por entrar? Quizá había escogido convertirme en uno de esos perros peruanos, animales mansos y lampiños de los tiempos precolombinos. Era el espécimen que le faltaba, claro que sí.

En mi familia y en la revista, todos creerían que yo me había escapado con una mujer. Después de un tiempo los más pesimistas pensarían que un marido o novio celoso me había liquidado, mi cuerpo desechado en algún basural de la playa. Nadie podía imaginar lo que había pasado. Que una mujer me había convertido en un perro calato y que yo la seguía por el mundo. Ja.

Me quedé despierto. Podía quitar alguno de los trozos de plástico de la lámpara del techo y clavárselos en la garganta cuando entrara. Era una posibilidad. Pero dudaba que tuvieran el filo. Y ahora me faltaba el ánimo. Por último, ella ya había demostrado ser una buena luchadora, no faltaba más.

El martes me permitió llamar por teléfono a la familia y a la oficina. Me trajo el teléfono inalámbrico al cuarto con el desayuno y me dijo que debía dar una explicación razonable sobre mi ausencia.

—¿Ah, sí? —sonreí—. ¿Y qué debo decir?

Alzó los hombros.

—Lo que quieras.

Marqué el teléfono de mi tía Carolina, a la que veía algunos domingos. «¿Aló?», la voz siempre alzada de mi tía, dándole la bienvenida a cualquier persona que la buscara. Nadie nunca la interrumpía, su necesidad la hacía contestar cualquier llamada, hasta un número equivocado, con afecto y cortesía. Le expliqué que había salido de viaje. «Ay, tú siempre dándonos sorpresas —me dijo

—. Cuídate».

Luego llamé a la revista. Contestó Pacho Paredes. «Oye, ¿dónde te has metido?», dijo. Le dije que estaba con fiebre y que iba a tener que estar guardado unos días. «¿No será sida?», se burló.

Mientras hablaba había visto su codo doblado cerca. El filo blanco del hueso sobresalía con una autoridad inflexible, la hilera de músculos tensos y los dedos acurrucados sobre el aire. «Ya estarás contenta, supongo». «Ojalá que estés contento tú».

Durante los días que pasé allí, pude llamar a mi tía y al trabajo una vez más, siempre para explicarme, y siempre vigilado por Dalia.

Pasé dos o tres días leyendo los libros que me daba —releí *Miguel Strogoff*, y *David Copperfield*, novelas olvidadas de mi infancia—. Ella me traía la comida siempre vigilada de cerca por los perros. Me trajo papel y lápiz y empecé a escribir este relato.

—¿Y cómo piensas que va a acabar todo esto? —le dije al final de la primera semana.

—Ya verás.

Poco a poco, le fui confesando contando algo más acerca de mi familia. Un montón de gente cariñosa. Me había apartado de mis tíos después de la muerte de mi madre, no sé por qué. Mi madre. Ella tuvo el tino, la generosidad de morirse cuando yo ya vivía en Estados Unidos, recibí la noticia cuando estaba acabando un curso de Finanzas en Washington, un cable, una voz en el teléfono y mi madre se había evaporado en un vacío misterioso, sus piernas flacas y su pecho inclinado, la torcedura de su labio, siempre alzaba la mano cuando entraba a un cuarto, era su modo de saludar pero también, un gesto típico, la mano alzada como protegiéndose de una amenaza de algo, una sombra cerca de la cabeza.

Yo también perdí a alguien, me dijo Dalia una vez. Perdí a mi esposo.

Me habló de su matrimonio con un conde europeo, su vida en un castillo en la República Checa, el accidente de su marido y su viudez temprana. Una tarde cerca de Berlín ella también salió a

toda velocidad en el auto y tuvo una volcadura, y una operación y una cirugía estética que le recompuso la cara, mi cara no soy yo, se reía, es otra. Era peruana, me dijo pero no había venido en muchos años, por eso el leve acento extranjero. La verdadera compañía, me dijo, era estar sola con los recuerdos, con la gente que estuvo cerca, impedir que esa gente desaparezca, tenerlos cerca, yo ya tengo treinta y nueve años, y el pasado es un laberinto de personas y de lugares cercanos, siempre están asomando los rostros, las voces, ¿no te parece?, me decía, ¿no sientes a la gente de atrás? Antes el tiempo era muy joven, y ahora, míranos, y mírate nomás.

Y luego: cuando era más joven tenía muchas amigas pero cada vez más con el tiempo me inclino a la soledad, es decir la soledad de pensar en lo que quiero, de sentir que estoy aquí, la soledad de protegerme de los deberes del mundo y de las obligaciones de la multitud, cuando yo era una niña y mi casa se llenaba de visitas, yo las recibía junto a mis padres como una buena hija, pero cuántas veces habré salido al jardín de mi casa, allí me metía, en esa casita de madera y tela para estar allí conmigo nomás, estar sola y estar conmigo, siempre me veo metida en esa casita para mí, sabes que cuando estaba allí, me hablaba a mí misma, el sosiego de saber que estoy conmigo, yo estoy aquí, soy una niña mala y el mundo no me quiere. Estabas ya medio loca por esa época. Igual que ahora. Igual que ahora, me contestaba.

Hubo una época que me enamoraba mucho, me dijo. Mi profesor del colegio, de la academia, mi vecino, yo era tan idealista y tan sonsa, pero después conocí a mi esposo, era un hombre mayor, y de repente con él recuperé mucha confianza, sentí que alguien quería ayudarme y protegerme, era un hombre solo, había pasado su infancia en un campo de concentración, vivía en una casa de campo, me fui con él, nos casamos, nunca quisimos tener hijos, no sé por qué.

El campo de concentración, me dijo, es como la vida, solo que un poco más. Aprender a vivir en medio de gente que se muere. Pensar que puedes morirte en los próximos cinco minutos. Uno se vuelve consciente de todo eso. La vida es más importante desde allí. Oler una flor es una experiencia única. Cada olor es único. Aprendí a gozar de lo que nos rodea, desde la muerte. Las flores, el cielo, el ruido del agua. El día que mi esposo murió, me fui a la carretera y

me volqué en una curva y me estrellé contra un árbol. Me recogieron inconsciente, me hicieron una cirugía plástica y cuando salí de la clínica, me encontré que no tenía a nadie sino a mí misma allá, tuve que reconciliarme como fuera con la vida.

Yo quería mucho a mis padres, le dije en otra ocasión, pero nunca les dije lo que sentía, no poder hablarle a alguien de todo lo que ha hecho por ti, lo que significa, el miedo de hablar, le dije, el miedo de decir, te quiero, te necesito, gracias por haber hecho que, y así he sido siempre, y no es que estoy tan mal.

Sentí una extraordinaria liberación en algún momento de estas conversaciones, como que siempre tenía algo más que contarle y que estaba siempre dispuesto a escuchar algo nuevo de ella. Siempre había una palabra más, un movimiento de los ojos, una expectativa en la piel.

De pronto me di cuenta de que me sentía unido a ella, la conversación se había vuelto un acoplamiento de nuestras conciencias, era como un regodeo en las caras y voces de cada uno, mi miedo de morirme como mis padres tan joven, no tener hijos para que no se les mueran sus padres como ellos conmigo, todo eso terminé por contárselo, mi miedo a las mujeres, mi terror de que las mujeres pudieran burlarse de mí, no sé por qué, por qué. Por nada.

Después de hablar caíamos rendidos al amanecer, ella se iba y yo dormía hasta las dos de la tarde, creo que nunca he logrado hablar con nadie como con ella, nos poníamos en todas las posturas para hablar, sentados en el piso, ella en la cama y yo en la silla, no sé cuantos días pasaron así. La voz fluida y perdida de Dalia, la voz llena de sus ojos verdes, su pelo largo en los hombros, alguna vez en esas conversaciones le volví a preguntar quién era realmente y qué hacía encerrándome con esos perros y cuándo pensaba dejarme ir.

Una noche, me quedé dormido más temprano de lo acostumbrado.

Cuatro

Esa noche soñé con una playa. Yo y mi madre en la arena. Su ropa de baño negra, su cuerpo en la espuma. Me invitaba a entrar al mar con ella. El hielo del agua, un cuchillo en los tobillos. De pronto flotábamos juntos. Un pulpo salía del agua, se acercaba y empezaba a comernos.

Cuando me desperté con un grito, me di cuenta de que estaba en otro cuarto.

Dalia me había cargado o arrastrado hasta allí. No era el sitio donde había sido prisionero hasta entonces.

Me levanté. Había unas cortinas largas y azules, una cama de fierros dorados, un espejo, una caída de tules blancos alrededor. Adiviné que era el segundo piso. Me había dado un brebaje con la comida.

Me tranquilizó cuando la vi a mi lado. Una extraña, irreparable fuerza me empujaba hacia ella. Habría querido acurrucarme en sus brazos y dormir para siempre. Hundir mi cabeza en su regazo.

Nos besamos.

Me incliné en su pecho, como indiferente a la certeza de que iba a matarme. La abracé lentamente, sentí que mi piel se estaba entregando. Todo parecía tan inusitadamente natural. Ella me había secuestrado, me había golpeado, yo la abrazaba y la besaba. La secuencia parecía lógica. El abismo de la ventana cayendo sobre su espalda, el misterio de su respiración en mi cara, el prodigio material de sus ojos. El vago humo de lástima se iba aclarando, como al amparo de un viento renovado desde mi infancia. Quedó encima de mí, las piernas abiertas sobre las mías, la oscuridad acelerada de los muslos, era como si la muerte estuviera

cronometrando sus movimientos, la furia dispersa de esa luz que caía como una sentencia sobre su rostro, la cabeza recogida en mis hombros, la herida feliz en el medio.

La abrazaba buscando mostrarle mi deseo, mostrarle que me había hecho a ella y que detrás de todas las posturas de mi orgullo, sentía una necesidad prodigiosa de su rostro. Le estaba haciendo el amor con una furia delicada, hurgando en sus entrañas, explorando con una rabia minuciosa alguna forma de verdad sobre ella, alguna zona de su vida que coincidiera con la mía, tratando de llegar al fondo de esa gran membrana que era su alma, preguntándole quién era de veras, tratando de ser aceptado y de afirmarle detrás de todo lo que le había dicho cómo y cuánto la necesitaba. Cuando me incorporé, la tomé de las caderas, la sostuve parado entre sus piernas y caminé con ella, respirando junto a su cabeza. Llegamos hasta la pared y allí, en esa cama helada y vertical que nos manchaba de blanco, me hundí en su vientre otra vez en ella para siempre, la sangre en la cara, los golpes de las rodillas, y por fin, bajo las sombras de terror, la caída en su cuerpo y por primera vez, la oscuridad.

Sentí una nube sólida debajo de mí, yo navegando por el cielo, desnudo y navegando y un silencio excepcional sobre el aire, el aire también parecía una gran roca cristalina y me llevaba hacia una comarca de nubes que formaban un gran cuerpo. Yo estaba echado, feliz de llegar al lugar donde íbamos y del que no sabía nada.

De pronto estaba despierto, con una tela gruesa de botones en la cara.

El coro de palomas en la ventana, la gran lámina de luz blanca.

Me vestí.

La puerta estaba abierta.

Los muebles, las mesas y las lámparas habían desaparecido. No había rastro de ella ni de sus enseres. La inmensidad de la casa que yo veía por primera vez desde allí.

Llegué a la escalera que bajaba hasta la sala de entrada. Allí me

habían rodeado los perros la primera noche. Ahora estaba vacía.

Nadie parecía haber vivido allí hacía mucho tiempo.

Hacía un extraño día de sol en invierno. Rectángulos de luz estallaban en el patio. Una columna amarilla se infiltraba en el piso de madera. Era como un día olvidado que reaparecía llegado desde un verano remoto, contra el cronograma de las estaciones. Entré a lo que debía haber sido alguna vez el comedor de esa casa. Paredes largas, dos puertas de cristal. La cocina era apenas un armario, un *frigidaire* y unos cajones. Todo estaba limpio y en orden.

Salí al patio. Un aire cálido. Me quedé de pie, como eternizado por el desconcierto.

Volví a entrar. Cuando estuve en el cuarto en el que yo había sido prisionero, apenas lo reconocí. Parecía mucho más chico. Habían desaparecido las sábanas, el colchón, las cortinas.

Miré por la ventana, como si esperara que alguno de los perros asomara al jardín.

Abrí la puerta y me encontré en la calle. Era extraordinario. Un grupo de gorriones volaba por el parque.

Caminé hasta la Avenida Aviación. Un microbús barrió el aire en mis narices. Retrocedí. Sentí el óxido del poste en las manos.

Cinco

En la revista, mi amigo Pacho se acercó al escritorio. Pacho era un zambo de anteojos de alambre, con las mejillas infladas. Hablaba disparando improperios que matizaba con su voz aflautada de soprano.

—¿Y, compadre? ¿Qué milagro? —dijo—. Puta, que no sabes los malabares que hemos hecho para taparte con la Foca, huevón. Le dijimos que te habías accidentado, no sé qué vada. ¿Qué te pasó?

—Problemas, compadre. Ya te contaré. Yo hablé con la Foca por teléfono.

—Estuviste con una hembra, ¿no es cierto? Dime, pues, dime la verdad. Puta madre. Qué tal pendejo que eres.

El director, La Foca Ramírez, apenas escuchó mis excusas. Era obvio que nadie me creía y a pocos les importaba excepto por alguna sonrisa de reproche y de envidia. De cualquier modo yo era un escritor estrella, la venta de esa mañana había sido buena, el *rating* del programa del domingo había llegado a los quince puntos y la revista me debía dos meses de vacaciones. Además, esa semana se jugaba el clásico.

Al día siguiente salí a caminar. Al abrir la puerta de la calle, un resplandor amarillo, desconocido, se filtraba entre los árboles. El mundo parecía haberse vuelto más minucioso. Las imágenes habituales de la calle pasaban a mi lado con una lentitud dramática, como si fueran episodios de una leyenda. Al llegar a la Avenida Larco me encontré con un espectáculo inesperado. Por primera vez

le veía la cara a algunas de las personas. Las facciones de cada uno. Las caras de los peatones me llenaban primero de asombro y luego de ira o de compasión.

El tipo al que estaba viendo caminar por ejemplo, un señor de sesenta años, aprisionado por una corbata y un traje oscuro. Me habría gustado abordarlo y preguntarle qué lo preocupaba, invitarlo a tomar un trago y darle todo mi dinero. Lo seguí un rato. Estaba jadeando.

Esa noche fui al Whisky Jazz. Tato me recibió con una sonrisa.

—Carajo. ¿Dónde te habías metido?

—Por allí. Oye, ¿te acuerdas de la chica con la que salí de aquí la otra noche? La última vez.

—Sí, claro que me acuerdo. Muy buena. Te la tiraste, supongo.

—¿No sabes quién era?

—No. Nunca la había visto. ¿Por qué?

—Quiero saber quién es.

—¿Cómo? ¿No sabes quién es? Pero te fuiste con ella.

El mozo me sirvió un trago. Lo alcé y lo sacudí antes de dar un sorbo.

—Me he ido con un montón de mujeres en mi vida, Tato.

—Sí. De eso no te puedes quejar.

—Sí, no me puedo quejar. ¿Sabes qué? No me siento muy bien.

—Igual que todos, Lalo. Igualito que todos.

El líquido le enfrió la boca otra vez.

—Puta madre, que me gustaría ser joven un día de estos.

—¿Ser joven? Qué tal cojudez. ¿Para qué quieres ser joven? Los jóvenes hacen puras huevadas, hombre. Son la gente más infeliz, los jóvenes. ¿Qué quieres, poder chupar hasta más tarde?

—No por eso.

—¿Para qué?

—Para… estar con mi padre, y con mi madre, para verlos otra vez. Y para estar con Roxana.

—Qué tal cojudo que eres, oye.

Al entrar a mi apartamento esa noche, las letras rojas del reloj parpadeaban, como una señal de alarma. Me acerqué al aparato y lo desenchufé. No sé por qué prendí la radio y la televisión, de pronto toda la casa era un alarido estereofónico, me senté, me paré, apagué la radio, me quedé con la televisión, ceniceros, lapiceros, papeles, libros a mi alrededor. Apagué la televisión y de pronto sentí el peso del silencio. Todo parecía brillar a mi alrededor. Eran los objetos de mi casa.

Al día siguiente pasé por la casa donde había estado prisionero. Todo parecía seguir como antes excepto por el letrero de SE ALQUILA, y un número telefónico al lado. Toqué el timbre. Nadie.

Saqué el celular.

La persona que me contestó resultó ser una tal Tirsa Montoya. Su voz era un silbido rápido. Le dije que quería hablar de la casa en San Borja. Me preguntó dos veces si estaba interesado en alquilarla; le dije que solo quería hablar con ella. ¿De qué? Es muy importante, le insistí. Hubo una pausa. Bueno, pues, ven a verme ahorita. Te espero aquí.

Salí corriendo. No sé si era una ilusión. Su voz se parecía a la de Dalia.

Tirsa Montoya vivía en Larco, en un edificio entre cafeterías y tiendas de ropa. Me abrió con una sonrisa desproporcionada, como si estuviera volviendo a ver a un amigo de siempre. Tendría cincuenta años distribuidos con gran esfuerzo. Estaba vestida con una malla de gimnasia. Su cuerpo adelgazado, bajo un pelo macizo color beterraga, parecía un campo de batalla después de una guerra de dietas furiosas. La cara untada de cremas y aceites mostraba los síntomas de una necesidad de solterona o de divorciada solitaria que probablemente acogía con la boca hambrienta a cualquier visitante. Su segura rutina de verduras y ejercicios no solo parecía hecha para corregir la apariencia de los años sino también para ahogar los estragos de la ansiedad.

Estábamos en una sala de cortinas amarillas, con fotos de

bailarinas y atletas en la pared. Había una velocidad dulce en su cortesía, un carrusel de sonrisas, invitaciones a tomar un cafecito y comentarios sobre el clima. El pañuelo amarrado en el cuello, (un trapo rojo y largo, moteado de bolas negras) y las dos piedras amarillas que le colgaban a modo de aretes parecían condecoraciones de la soledad.

Se había sentado en una silla de plástico morado, las manos en las rodillas y los ojos rápidos coronados por su vincha. Con un cigarrillo indeciso, moviéndose de un lado a otro, me explicó que estaba separada y sus hijos vivían en Estados Unidos.

—¿Le interesa alquilar la casa?

—No vengo por eso.

—¿Ah, no? ¿Y entonces qué?

—Quiero saber quién fue la última inquilina.

—Ah…

El humo de hebras azules y macizas iba ascendiendo, tapándole la cara, una gran escultura móvil en la que ella parecía estar tan a gusto como un pez en su acuario.

—No sé mucho sobre ella.

—Pero tendrá un contrato.

—Sí pero no sé dónde está. Mi vida es muy complicada, oye, sabes que siempre estoy metida en el gimnasio, la situación está tan difícil ahora, ¿seguro que no te tomas un café?, yo me tomo dos o tres todas las mañanas pero con ensalada de frutas, eso sí.

—¿No sabe nada sobre ella?

—Oye, ¿por qué no me tuteas? Tutéame con confianza. ¿Por qué la buscas? ¿Eres periodista o detective o qué?

—No. Es que soy amigo de Dalia. Así se llamaba la mujer que alquiló la casa, ¿verdad?

—Sí. Creo que sí. Un poco rara pero buena gente, ¿no? Había vivido en Europa mucho tiempo, me dijo. Le advertí que no podía alquilar la casa con todos los perritos pero me insistió. Era el tipo de casa que quería, me dijo. No sé por qué. Le pedí doscientos dólares más por estar con los perros. Ni me chistó. Solo iba a alquilar un mes. Parecía tener plata la chica. ¿Quieres un cigarrillo?

Se lo acepté. Me dio la cajita de fósforos.

—¿Sabes algo más sobre ella?

—Ay, no sé. No me dijo. Como están las cosas, lo único que me

importa es que me pague.

—¿No puede buscar el contrato, por favor?

—Oye, trátame de tú, ya te he dicho.

—Ya.

—Bueno, vamos a ver. El contrato. ¿Dónde lo puse…? Aquí, creo.

Rebuscó en un cajón. Por fin sacó un fólder de manila.

—Sí. Dalia —me dijo—. Aquí está. Así se llamaba. Aquí pone que es peruana.

—¿Cómo apellida?

—Ay, no sé. Un apellido extranjero. Havel dice acá.

—¿Tiene dirección?

—Sí. Pero puso la dirección de esta casa.

—¿Por qué?

—Para hacer más rápido el contrato, pues. No tiene dirección fija allá, me dijo. Ay, lo que yo quería era que me pagara, oye. Era casi extranjera, pues. Ah, porque a los peruanos yo no les alquilo, oye. Me dijo que vivía en República Checa hacía años.

—Déjame ver, por favor.

Vi su firma. Una araña de líneas curvas.

—Dime, ¿te devolvió la llave de la casa?

—Sí. Vino con sus perros y me la dio.

—¿Cuándo?

—El otro día.

—¿Te dijo que se iba del Perú?

—No me dijo nada. Me dejó la llave y se fue. Ni me pidió la garantía.

—¿No tienes ni idea de dónde pueda haber ido?

—Ni idea. Mi preocupación más bien es que ya no tengo inquilina. ¿Ha hecho algo malo esa mujer?

—No.

—Ah, bueno. Me preocupaba. Pensé que me ibas a contar algo malo sobre ella. ¿Seguro que no quieres ir a ver la casa?

—Sí, me gustaría.

Salimos al auto. En el camino, me habló sobre su plan de retiro en Miami. Es que allí siempre hace solcito, acotó.

Llegamos a la casa. Recorrí con ella los mismos cuartos, ahora vacíos, en los que había estado encerrado. Estaban totalmente

vacíos, sin un mueble. No había rastro de que alguien hubiera estado allí.

—¿No quieres saber cuál es el precio? Podemos arreglar si te parece muy caro.

La Avenida Larco, la procesión de láminas oxidadas, el racimo de vendedores, los ojos muertos de los chóferes, la fachada de fierro y de cristales de los bancos. Caminé hacia el malecón, todo cubierto por un manto de humo.

Entré a una cafetería. Ventanas grandes, sillas de plástico desgarrado. El polvo parecía una nube de zancudos. Pedí un pisco. El mozo pareció dudar, me lo trajo.

Apuré dos sorbos seguidos. A mi lado, un hombre y una mujer jóvenes sentados frente a tazas de café. Apenas se hablaban.

Pedí otro trago. Esta vez el mozo no pareció tener dudas. Me lo trajo más rápido que la primera vez. Esperaba una buena propina que me anticipé en darle.

Al oscurecer, me levanté. La Cofradía, donde Dalia y yo habíamos comido la primera noche, estaba cerca. Fui hasta allí. Pregunté por ella a uno de los mozos. No sabía nada. No la recordaba. «De usted me acuerdo, señor, pero no de la cara de la señorita, no me recuerdo, no la he visto, disculpe, señor». Me dijo que tenía que atender a unos clientes que entraban.

Las calles de Cantuarias, Alcanfores, cerca del mar, sombras de árboles gruesos, el aire frío de una tarde sola. Ese silencio de rumores, el que solo tienen las calles del mar de Miraflores, el mismo que habían escuchado los habitantes de la ciudad hacía más de un siglo, recién apagadas las vidas de la guerra. Una sensación de gran corredor, el techo de las ramas que se confundían en un abrazo denso encima de mí, las sombras de puntos infinitos multiplicados, la sábana de hojas dispersas en la pista, el modesto misterio de las veredas por las que habían vagado los antiguos habitantes del balneario que caminaban hacia la bruma escandalosa en el mar.

Di vueltas en dirección a la Iglesia de Fátima y el malecón. Un silencio excepcional, no la falta de ruido, sino la ausencia de materia, un abismo sin aire en el que flotaba la humedad.

Caminé hacia el borde del malecón. La curva de acantilados, olas y muelles de piedra a mi derecha, con las cintas movilizándose en una marcha tranquila y definitiva hacia su muerte en la orilla, una cueva abierta en el aire de arriba, el enigma de la materia hecha de gases y sólidos en una masa baldía, un paraíso albino sin forma. Tuve los edificios multicolores a la izquierda y la abertura de la playa a la derecha, hasta que llegué a la bajada de Armendáriz. Los carros pasaban a toda velocidad. A pesar de sentirme tranquilo, me asaltó el impulso de tirarme delante de uno de ellos.

Esa noche comí solo en mi apartamento.

Estaba sentado en la mesa grande. Desde allí podía ver toda la sala.

Había vivido allí dos años.

Los muebles largos parecían animales viejos que habían desfallecido y esperaban allí, tibios y agónicos, el momento final. Los cuadros y fotografías en la pared se disparaban en todas direcciones como detenidos en una explosión. Terminé de comer y me levanté a servirme un trago. Caminé varias veces de un lado a otro de la sala, el piso desteñido por las sombras de luz.

Puse la televisión. Dos vueltas completas a los canales. Un gesto mecánico: la mano de zombi que se deleita con la desaparición de las imágenes, el disparo de luces en la opacidad; aprieto algo y el rectángulo se pulveriza, aprieto otra vez y estalla.

Prendí el equipo de música. Busqué en los discos. Allí estaban los que había traído de mi casa anterior, las sobras de una mudanza. Encontré *Cuadros de una exposición*. La había escuchado tantas veces, mi madre y yo en la antigua biblioteca. Una luz roja y amarilla guiaba los primeros vientos, como si los rayos de sol iluminaran un campo, lo extendieran a grandes trazos, un escenario en el cual el mundo iba a fundarse. Esos primeros compases impugnan el silencio y se proyectan en un vuelo terrestre al infinito. No un rayo o una fuente de luz, más bien la proyección masiva de la luz, la densidad de la luz que se impone a estocadas. Luego un

movimiento de turbulencia, el regreso a la oscuridad original, la disolución del principio de la vida. La música afirmándose y negándose, la variedad y la continuación de las imágenes. La tensión luminosa, el relajo de la oscuridad, las explosiones retardadas de sol hasta el largo resplandor frente a la gran puerta de Kiev en el que toda mi sala parecía estar participando, como si los objetos hubieran adquirido algún significado momentáneo, como si hubieran sido hechos para estar allí mientras los iluminaba esa música, transfigurando el sonido que se plasmaba en colores y formas.

Todo quedó en silencio. Otro disco. Seguir. Quizá la música es un instrumento para indagar en el silencio, entrar en los recodos de nuestra soledad y descubrir por un instante dónde estuvimos. Aunque ocurre en el tiempo, acaso la proeza de la música sea fundar un lugar, reconocer el lugar que nos corresponde. Podemos estar solo en la música.

Tuve un día movido en la revista: el entrenador de la selección había renunciado y se daba la lista de los reemplazos posibles. Era perfecto para la edición del día siguiente. La Foca me seguía reprochando mis ausencias y me reclamaba mis artículos con anticipación. Mi vida había vuelto a la normalidad.

Esa tarde, fui a la casa de Roxana. Su edificio estaba en obras y cuando subí la escalera, los fierros vibraban con el ruido de una comba.

Roxana, mi exesposa, vivía en la estrechez decente de un apartamento de dos cuartos; las paredes cortas, el piso de alfombra azul oscuro, un florero con margaritas. Sobrevivía apenas con su sueldo de psicóloga en un colegio. Su cara de piel entristecida era la huella de una rutina sin ilusiones, el colegio a las siete y media, la salida a las cuatro, cuidar a su madre y pelearse con sus hermanos hasta la hora de acostarse. Roxana tenía un cuerpo flexible de manos grandes, hecho para tratar de ayudar. Había tenido una escena cotidiana en nuestro matrimonio. Llego a la casa, ella me

sirve la comida, me conversa, yo apenas la escucho y antes de acostarme me apodero del objeto más preciado de las inmediaciones: el control remoto de la televisión. Me siento en la sala, prendo el aparato y ella me sirve una cerveza. Así como me servía, ella suscribía mis opiniones en el grupo de amigos, atendía el teléfono, me organizaba la ropa. Una secretaria doméstica. Como yo lo había querido.

La puerta se abrió de golpe. No me sonreía mientras se recuperaba de la sorpresa de verme después de tanto tiempo. Se parecía a Dalia, no sé si he dicho eso antes, no se parecía del todo, quizá sí en los ojos y la boca, en ese momento el parecido era más notable.

—Hola.

Me hizo pasar.

—Qué milagro.

—Quería verte nomás. No es ningún milagro.

Me senté. Me sentía un invasor.

—¿Quieres un café? —dijo de pronto—. Justo estaba haciendo. Tengo que ver unas evaluaciones.

Conversamos. No había perdido esa mezcla de gracia y de inteligencia que me había llevado a ella por primera vez. La tensión refinada en su timbre de voz, la velocidad lúcida en sus opiniones. Pero su cuerpo estaba maltratado. Era como si unos ladrones hubieran entrado en ella, le hubieran quitado los huesos y la hubieran dejado allí, abandonada. Comer era para ella un lujo de la tranquilidad, una rara virtud. Se alimentaba de tazas de café y pasas rubias mientras trabajaba en algo: arreglar la casa o revisar exámenes y evaluaciones. Los chicos del colegio siempre traían problemas. Una nunca termina de conocerlos. A su madre la veía todas las tardes, pedía dinero al resto de la familia para el tratamiento, los maltratos de sus hermanos menores, avergonzados de una madre enferma y una hermana pobretona. No tenía pareja, me dijo, solo algunos amigos con los que iba al cine.

No sé por qué, le propuse volver a vernos, a salir, como enamorados. Me dijo que no. «Una no comete los mismos errores tan seguido», sonrió.

Insistí un rato. Un poco después me paré y me despedí brevemente.

Di vueltas por Miraflores. Hacía una llovizna de chispas de agua, el aire mojado se mezcló con el sudor, llegué hasta el fondo de la Avenida Pardo y regresé, las piernas me dolían y quería seguir.

Por la noche, fui al Whisky Jazz. Los mozos me recibieron con la amabilidad de siempre. Como antes, se pelearon cada uno por sentarme en su mesa y me ofrecieron el Etiqueta Negra. Había seis o siete parejas en el local.

—Carajo. Se te ve hasta las huevas, compadre —dijo Tato.

—¿Quién te ha dicho que hay que verse bien?

—Además, ¿quién quiere estar bien cuando todo es una mierda?

—Oye, Tato, ¿alguna vez te hablé de mi papá?

—No, no creo.

—Era buena gente. Buena gente era mi viejo, carajo.

Tato se servía de una botella de vodka.

—Y como él era tan buena gente, yo me metía en mi cuarto a escuchar mis discos. Me alejaba de él.

—Siempre tú tan huevón.

—Bueno, pero a veces mi papá me tocaba la puerta y entraba a mi cuarto y me decía: «Oye, ¿estás bien?, ¿te preocupa algo?». Y yo no le decía nada.

—¿Y?

Tato ordenó al mozo atender a un cliente que acababa de entrar.

—Y créeme, que si pudiera, si estuviera en mi cuarto y mi papá entrara ahora a preguntarme cómo estoy, puta, yo le diría: «Entra, siéntate, ven a escuchar este disco conmigo». ¿Me entiendes? Puta, que se ha muerto hace veinte años.

No me contestó. Terminé el vaso y pedí otro.

—¿Me entiendes o no?

—No sé. Estás muy mal, huevón. Anda a ver a un médico.

—Puta madre, carajo.

Me acerqué a la barra. Al extremo una sombra de mujer se movió. Estaba de espaldas, el pelo le caía recto y oscuro como un velo. Fui donde ella.

—Hola —me dijo.

—Hola. Te invito a tomar algo. ¿Qué quieres?

—Nada.

—Entonces vámonos a comer algo. ¿Qué te parece?

—No. Lo siento —sonrió echando ceniza—. Estoy acompañada.

Un tipo se acercó. Un hombre inmenso, con pinta de guardaespaldas.

—Este huevón no es ninguna compañía —susurré—. Vamos, vente conmigo. Vamos a dar una vuelta.

La tomé de la mano.

—Suéltame —se zafó.

—Modérese, señor —dijo el hombre.

Tenía una cortesía de locutor de radio o de Ministro del interior, una voz grave y rápida, la afilada cortesía en las solapas anchas y los labios de catchascanista.

Aparté a la mujer y di un paso adelante.

Me paré frente a él.

—A ver, modérame tú, pues, huevón.

Lo empujé hacia la barra. El tipo se dejó hacer. Era obvio que estaba tratando de controlarse.

Le pegué en la cara. Hubo un grito detrás. Le di otro golpe. De pronto sentí el estallido en la cabeza y la cara humedecida de sangre. Me había hecho volar la cabeza con un puñetazo.

Estaba en el piso con las manos ardiendo.

Salí a la calle.

Entonces me puse a correr por la Avenida Pardo. Vi un microbús.

Corría cada vez más rápido. Mis piernas viajaban debajo, la espalda del microbús una plancha metálica, una escalera, dos luces rojas, una inscripción en el metal roto, EL NORTEÑO. Los carros tocaban la bocina a mis espaldas. Quería agarrarme de la escalera del micro y pasearme por todo Lima. Es lo que quería. Quería sentir el viento agarrándome de los fierros. Abrazarme a los fierros hasta que me llevara por todos los lados, ver cada barrio y cada calle. Con el humo negro en la cara.

Me tiré hacia el microbús, me agarré a una barra de metal y arañé el vidrio, el crujido del motor en las piernas. De repente todo se desprendió y atiné a voltear. Caí de costado en la pista, con las manos en la cabeza, el brazo arrasado de sangre, un incendio en la

piel. Las ruedas de un carro frenando.

Recuerdo la circulina y la sirena, la camilla tranquilizando mis piernas.

En la clínica donde pasé tres días una señora entraba todas las mañanas a rezar conmigo. Le pedí que no viniera y me echó una maldición en voz baja.

Los patas de la revista llegaron al día siguiente para contar chistes alrededor de la cama. Esa misma noche llegó mi tía Carolina. Mis tíos Alberto y Enriqueta estaban con ella.

No los había visto en años. Enriqueta era hermana de mi madre. Mi tío Alberto trabajaba como jefe de estudios en un colegio. Le pedí que se hicieran cargo de los trámites del seguro. Alberto y Queta volvieron al día siguiente; esta vez los acompañaba su hija, mi prima Karina, una chica obesa, graciosa y habladora.

—Ay, primo, solo en la clínica y accidentado se te puede ver. ¿Cómo has estado? Mira que te he llamado varias veces y tú nunca me llamas.

El último día Karina fue a verme sola. Me confesó de buenas a primeras que había oído hablar de mi encierro con Dalia. «Así que te tuvieron encerrado en una casa varios días, con unos perros. Me lo contaron en una comida. Eres famoso, tío. Famosísimo». «¿Quién ha estado hablando de eso? Yo no le he contado a nadie». «¿O sea que es verdad? ¿Es verdad, tío? Qué *chévere*».

Cuando salí de la clínica empecé a visitar a mis tíos Alberto y Queta, sobre todo los domingos. Iba a almorzar y a veces pasaba por ellos para ir al cine. En las reuniones de la familia me he reencontrado con mis primos. Tenemos reuniones grandes los domingos después de los partidos, con tallarines y cerveza. Me preguntan y yo les cuento los chismes de los jugadores. Hablamos de política y de fútbol, temas que comparten todos.

He vuelto a ver a Roxana con alguna frecuencia.

Durante estas semanas me he hecho especialmente amigo de mi prima Karina. Su locuacidad, su gracia, los pequeños tormentos de

su soledad compensados con su voracidad de niña gorda, el humor con el que se ve a sí misma («Mi mejor método anticonceptivo son mis ochenta kilos»), me han acercado a ella. Me ha hecho algunas confesiones, su pasión adolescente por un vecino, por ejemplo, incluso sus momentos sola, masturbándose, pensando en él, me sentí muy cerca de ella, me conmovía que tuviera la confianza de contarme esas cosas.

Hace poco me hizo una revelación. La semana pasada, en uno de los almuerzos de sus padres, cuando los demás se habían ido, Karina se quedó sentada cerca de mí. Me dijo que tenía algo que contarme.

Tirsa Montoya, me dijo, la dueña de la casa donde estuviste. ¿Sabes que ella era la hermana de Dalia? Sí, la hermana de Dalia, de la que te secuestró, pues.

Pero, ¿de dónde has sacado eso?

Ah, me he enterado de pura casualidad. Anoche iba a llamarte para contarte todo pero era muy tarde.

Según ella, se había encontrado con Tirsa en una reunión.

Dalia era una peruana que se fue a vivir a Alemania y allá tuvo no sé qué problemas pero hizo plata, dice. Después se casó con un noble y se fue a vivir cerca de Praga y enviudó y tuvo un accidente que le desfiguró la cara. Le hicieron una cirugía plástica, así me dijo. Criaba perros allá en su castillo. Entrenaba perros y los perros sabían hacer de todo. Esa Tirsa sabía todo sobre tu encierro, tío. Todo sabía. Dice que su hermana te escogió a ti. No sé por qué.

Mientras me hablaba, yo le dije que soy tu sobrina y ella apenas movió la cara. Yo creo que sabía que soy tu sobrina. O sea, me parece que ella quería que sepas. Se iba a Estados Unidos al día siguiente, me dijo. Para estar con sus hijos. Había vendido la casa.

De pronto me pareció ver a Tirsa en su malla, buscando las páginas del contrato, invitándome cigarrillos y cafecito.

Lo que Karina me dijo a continuación es más o menos lo siguiente. Dalia me había conocido en alguna época remota. Por lo visto habíamos tenido alguna aventura, que duró algún tiempo. Hasta que yo la había abandonado.

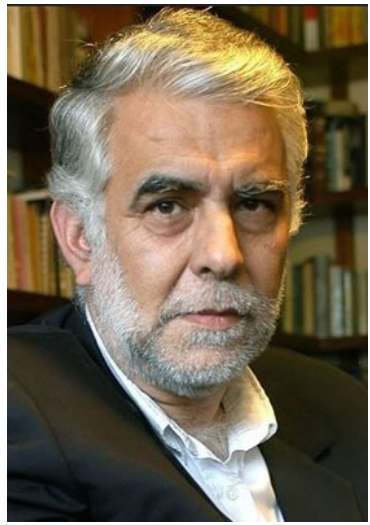
No sé si creer mucho en esta historia.

Ha pasado un año. Mi vida no ha cambiado demasiado excepto

que veo con más frecuencia a Roxana. Quiero que esté bien. Como no sé qué otra cosa hacer, le doy dinero todos los meses y aunque al comienzo ella dudaba, ahora me lo acepta. Sigo yendo a veces al Whisky Jazz. Sigo en la revista. Sigo sin pareja.

La única novedad de mi vida es que hago un segmento semanal de comentarios de discos, los lunes, en un programa de radio. El local de la emisora queda en la Avenida Javier Prado y a veces, cuando voy por Aviación y no es muy tarde, me desvío hacia el parque y llego a la calle, me paro frente a la casa de Dalia y me quedo allí un ratito. La fachada sigue igual. El muro no ha cambiado. Todavía hay gorriones en los árboles cerca. A veces me quedo dentro del carro, como haciendo tiempo y esperando. A veces paso por allí nomás, sin detenerme.

El otro día bajé del carro, toqué el timbre y me puse junto a la ventana, tratando de atisbar en los cuartos donde había estado.



ALONSO CUETO CABALLERO, (Lima, Perú, 30 de abril de 1954).

Pasó su infancia en París y Washington, inició estudios escolares en el Lafayette School de Washington (1960-61) y los continuó en el Colegio Carmelitas de Lima (1962-70). Estudió literatura en la Pontificia Universidad Católica del Perú y fue a España becado por el Instituto de Cultura Hispánica para investigar la obra de Luis Cernuda. En 1979 ingresó en la Universidad de Texas, donde obtuvo un doctorado en 1984, con una tesis sobre Juan Carlos Onetti.

Ha ejercido el periodismo y la docencia universitaria. Ha sido editor de *Debate* (1985) y de la sección de suplementos del diario *El Comercio* (1995), así como profesor de cursos de su especialidad en la Universidad Católica (desde 1988, en forma intermitente), y en la Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas (desde el 2000).

Su obra se ha caracterizado por la incursión en géneros muy distintos. Publicó su primer libro de relatos en 1983, *La batalla del pasado*, y entre sus novelas destaca *La hora azul*, que ganó el Premio Herralde, y *El susurro de la mujer ballena*, finalista del Planeta-Casa de América. A fines del 2011 publicó su primer libro para niños: *El árbol del tesoro*. Obtuvo la Beca Guggenheim en

2002-2003. En 2009, fue elegido miembro de número de la Academia Peruana de la Lengua.